



El “peinaplumas”

Podría explicarte la historia de mi vida, pero seguro que mi madre me interrumpe: “¡¡Pichoncito, una de cuarto!!!” no hay nada que odie más que que me interrumpan cuando estoy explicando algo tan importante como es mi vida, bueno sí, que me llamen “pichoncito”.

Mamá tiene el don de la oportunidad y la puñetera manía de venir hasta la puerta del colegio para darme un beso salivado al 98 por cien cuando todo el mundo está mirando. Si mi vida fuese un cómic, representaría sus besos bajo un paraguas, sobre un charco bestial y con corazoncitos salpicados de babas alrededor. Pero claro, cómo le explico yo, que ya tengo catorce años, que por qué no se comporta como el resto de madres y me deja en la esquina, y luego se vuelve rápido con gabardina y gafas de sol. ¡Cuándo va a entender que tengo vida social!

A veces pienso que todas las madres evolucionan menos la mía. Ella se quedó anclada en los 90, si no, pregúntale, ya verás como te cuenta la vida de la Lewinsky y acaba con un: “ay, si parece que fue ayer...” es su frase favorita.

Yo no la culpo, la pobrecilla debió sufrir muchísimo con la muerte de papá. La verdad es que fue un trago duro. Lo recuerdo perfectamente, volvíamos del camping de Blas (Blas tiene nombre de teleñeco ¿verdad?, pero bueno, esa es otra historia): la abuela, la Trini, mamá, Jose, los perros, las bolsas, las bolsas, las bolsas, más bolsas, papá y yo; cuando de repente mamá cerró la puerta del coche y se oyó un grito crepuscular (del crepúsculo). Todos los niños del barrio se callaron a la vez y las marujas del parque, con las pipas entre los dientes se callaron también por fin. Nunca había oído gritar a mi padre tan alto, con lo bajito que era, todavía le doy vueltas a dónde podía esconder tanta voz.

Ding dong diiiiing...¡¡Dr soto, a trauma!! Dr Soto...diiiing dong diiing...Creo que mamá, nunca podrá superar que papá decidiera morir a reconstruir su dedo. Ya veis, le pudo el miedo al bisturí.

La abuela, sin embargo, es diferente. Ella me cree siempre que miento. Y no penséis que es una abuela de las antiguas, de las de bastón y moño, no. ¡Mi abuela es la leche! Sale a bailar con el Julio todos los sábados por la tarde porque dice que por la noche la calle se llena de maleantes y por eso prefiere bailar por la tarde, porque hay menos posibilidad de que la roben. Claro, ella es una abuela moderna, pero también es una abuela indefensa. Aunque en casa, con mi madre, cuando se quiere defender, ¡anda que no sabe!

Ella dice que Julio no es su novio, que es su amigo y residente en Barcelona. Un día le pregunté si se daban besos y eso, pero no me quiso contestar. Yo creo que sí, que se dan besos, pero que cuando Julio intenta meter la mano por debajo de su falda, ella le suelta: “las manitas quietas que van al pan”, menuda es...

Cuando mi abuela llega tarde de una de sus salidas taciturnas me preocupo un montón. En la siesta no puedo pegar ojo, y la espero viendo una peli de Almodóvar en el salón.

Me encanta ver la “ruleta de la fortuna” con mi abuela, dice que es un programa que han dado toda la vida, y que como lo ha visto tantas veces, se sabe los



MARTA CABEZUDO MARTÍNEZ
El peinaplumas
1r Premi Categoria A – Castellà

10a Edició Premi Relats Curts

paneles de memoria. Yo hago que la creo, pero sé que se inventa las letras, no da ni una. Cuando me río de la situación, ella se ríe también aunque no sepa por qué. Es nuestra filosofía: “si tú te ríes, yo también.”

A veces le pregunto cosas de su pasado y me mira de reojo por encima de las gafas, entonces se las quita y se las limpia. Carraspea como preparándose la historia de la vida de Cristóbal Colón y me dice: ¿Qué quieres saber? Siempre hace lo mismo.

Sonia quiere ser normal pero no sabe. Mi hermana es la persona más pesada que conozco, más que un burro montado en un alfiler en un carro a dos ruedas por el tendedero de la Toñi, que está pendiente de un hilo. Creo que pertenece a otra especie. Cuando era pequeña, papá le preguntaba: “¿Qué pesa más, un kilo de paja o uno de hierro?” y ella decía: “¡pues el hierro!” animalica....Cada vez que me llama “peinaplumas” me sube una especie de fastidio por las piernas que me infla como un globo la barriga y me estalla en la cabeza. Entonces le grito: “Que no soy marica, pesada” Me gustan los ponis, y la música rock, pero todo el mundo sabe que eso no significa nada.

Se pasa todo el día discutiendo con mamá sobre la hora de vuelta, y vacilando de la moto de quién la ha de traer. Sin embargo yo, dejo que me besuqueé delante de todos y ni me quejo. En fin...

¡Qué rara es la evolución humana!

La primera es una momia, la segunda un perro verde y a la tercera, quien la entienda que la compre. A ver a cuál de las tres le explico primero que de mayor, quiero ser mujer...



MARTA CABEZUDO MARTÍNEZ
El peinaplumas
1r Premi Categoria A – Castellà

10a Edició Premi Relats Curts